

Entrevista a la directora del CUSAM

“LA EDUCACIÓN EN LA CÁRCEL NO ES UN ESPACIO DE LIBERTAD SINO DE RESISTENCIA”

EL CENTRO UNIVERSITARIO DEL PENAL DE JOSÉ LEÓN SUÁREZ TIENE A SUS PRIMEROS EGRESADOS DE LA LICENCIATURA EN SOCIOLOGÍA Y CRECE EN INICIATIVAS. GABRIELA SALVINI, LA DIRECTORA DESDE 2010, HABLA DE LOS DESAFÍOS DE ENSEÑAR Y APRENDER EN EL ENCIERRO: “ESTAMOS FORMANDO UN NUEVO SUJETO”.

POR PAULA BISTAGNINO. Fotos: Pablo Carrera Oser.



El filósofo español Jesús Moreno Sanz y su colega cordobés Diego Tatián discuten alrededor de una mesa con un grupo de diez estudiantes de Sociología sobre los conceptos de Louis Massignon y Baruch Spinoza.

–Estuve leyendo a Massignon y me quedé con esto de que a la libertad hay que buscarla adentro–, dice Luis Alberto Ángel, de 33 años y alumno del último año de la licenciatura.

–Exacto. Hay algo en el ser humano que es totalmente inalienable y está en cada uno encontrarlo. Ahí también aplican el spinozismo, las pasiones tristes y alegres de los hombres, la posibilidad de volver positivo lo negativo–, afirma Moreno Sanz.

–Volver el odio, amor. Al final no es más que eso– concluye Ángel.

La escena transcurre en la Unidad 48 del Penal de José León Suárez, en una de las aulas del Centro Universitario San Martín. Separado de los pabellones por una puerta –y de la calle por otras trece–, el CUSAM es un espacio educativo con autonomía universitaria en el que entre 140 y 160 hombres privados de su libertad aprenden oficios, hacen talleres de arte y –60 de ellos– estudian la carrera de Sociología del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín.

“Escuchar los términos en los que se debate es una de las mayores satisfacciones que uno puede tener desde este lugar”, dice Gabriela Salvini, magíster en Derechos Humanos y democratización para América Latina y el Caribe (CIEP-UNSAM), una de las primeras profesoras que se sumó cuando el proyecto del CUSAM comenzaba en 2008, y desde 2010 su directora.

–¿Por qué dictar Sociología y no otra carrera?

–Esto tuvo que ver con cómo comenzó el CUSAM: fue una iniciativa de un grupo de personas privadas de su libertad que arrancó con la organización de una biblioteca dentro del penal y después, con la inquietud de llevar algún tipo de formación académica, llegaron a la UNSAM. El IDAES, que es donde se dicta Sociología, fue una de las primeras unidades académicas en interesarse en ese momento. Hubo otras también, pero entre las tres o cuatro opciones, ellos eligieron Sociología. Es interesante lo que argumentaron sobre su elección: “¿Qué sucede si nosotros, que somos siempre los observados, nos observamos a nosotros mismos y observamos al mundo?” Así se inició la carrera, con una reflexión de los estudiantes.

–¿Qué motiva o impulsa a estos estudiantes?

–Creo que las motivaciones son múltiples. Hay una búsqueda de saber, hay una necesidad de reflexión, hay un interés de modificar una realidad cotidiana terrible que es la cárcel; y también, la otra realidad compleja, que es la que viven sus familias afuera.

Los estudiantes llegan por muchas razones, después siguen por otras y se reciben por unas diferentes. Entre los estudiantes, hay algunos que terminaron el secundario ya en el encierro y otros que no lo terminaron siquiera, pero que por ser mayores de 25 años pueden por ley ingresar a la educación universitaria.

–Se suele decir que la educación en el encierro es un espacio de libertad. ¿Es así?

–A mí me parece exactamente lo contrario. Lo que creo que sucede, más bien, con la educación y la lectura es que hay un proceso de reconocimiento de la situación por la que se está atravesando: poder empezar a poner en palabras, que además son propias, lo que está pasando en ese mundo tremendo que es la pérdida de libertad de movimiento. Sí lo veo como un espacio de resistencia, que además tiene el valor de ser colectivo: porque poder poner en palabras con un par y con un profesor sirve para construir un sentido colectivo de lo que es el encierro, del valor de la libertad... Empezar a cuestionarse el porqué, el para qué, el cómo, el cuándo, de qué manera seguir. Eso sí, pero no llamaría a eso liberación. Esa es una construcción que lleva tiempo; un proceso que tiene muchos matices y bemoles. En lo que sí creo, obviamente, es en que la educación es un medio para el cambio y por eso estoy en esta tarea. Pero no creo en eso de “llevar la luz del conocimiento a vidas oscuras”. No es esa la preocupación ni el objetivo de la Universidad en la cárcel.

–¿Qué otros prejuicios se fueron desarmando en estos años de trabajo diario en la cárcel?

–No es que no lo supiera, pero al conocerlos en lo cotidiano, uno toma verdadera conciencia de que antes de estar privados de su libertad, nuestros estudiantes estuvieron privados de un montón de cosas. Quiero decir que la libertad es lo último que perdieron. Mucha gente cree, desde afuera sobre todo pero también como docente, que estar en la cárcel es la mayor desgracia que les pasó. Y no: acá adentro uno se da cuenta de que en realidad todo el camino que hicieron desde que nacieron fue de privaciones y que, cuando llegan a la cárcel, es porque ya no tienen nada para perder. Pero, además, uno descubre un gran potencial detrás de sujetos que han sido anulados por el sistema y por la falta de oportunidades. Si no pudiéramos ver eso, sólo enseñaríamos carpintería porque creeríamos que otra cosa no pueden aprender. O haríamos talleres para ocupar el tiempo y que no molesten. Nuestra perspectiva es completamente otra: nosotros estamos formando un nuevo sujeto. La idea, que se está cumpliendo, es que nuestros estudiantes salgan con herramientas que les permitan –al salir– volver a sus barrios y poder modificar algo de esa realidad. Esta es siempre su primera preocupación: no quieren que sus hijos o sus hermanos pasen por lo mismo. Por eso muchos talleres que se dictan adentro también se replican en los barrios de origen. Porque la mayoría son de zonas cercanas al penal y a San Martín.

–¿Qué significa el CUSAM como espacio más allá de la posibilidad de estudiar una carrera?

–Lo más importante que sucede en el CUSAM es que dejan de ser un número y pasan a ser estudiantes; una identidad que les es propia. Son, además, los responsables del espacio: tienen la llave, coordinan todas las áreas, se responsabilizan por las cosas y toman sus decisiones de manera colectiva, en asambleas quincenales. Es un modelo de convivencia en todo sentido, porque estamos hablando de organizarse con responsabilidad, solidaridad y respeto con el otro en un lugar que justamente no se caracteriza por ninguna de estas reglas.

–Es el único centro educativo en el encierro que está abierto tanto a internos como a penitenciarios. ¿Cómo se tomó esta decisión?

–Ese fue un planteo de los mismos estudiantes privados de su libertad. Tiene que ver con que unos y otros, a pesar del enfrentamiento tácito y concreto, provienen de un mismo origen, incluso de los mismos barrios y hasta se conocen en muchos casos. Son par-

te de las mismas problemáticas y sus familias sufren las mismas cosas.

–El CUSAM se diferencia también por su autonomía. ¿Cómo funciona?

–En el CUSAM rige la autonomía universitaria. Esto implica que el Servicio Penitenciario no ingresa con su lógica: sólo como estudiantes o para presenciar, por ejemplo, los ensayos de Rimas de Alto Calibre (el grupo que se formó dentro del CUSAM, grabó un disco y salió a tocar varias veces fuera de la cárcel). No tenemos guardias instalados en el predio, mientras que en otros centros universitarios el que abre la puerta es un guardia o hay una oficina con un guardia adentro. Además, replicamos el calendario académico de la universidad, lo que permite que alguien con salidas transitorias, o que es liberado, pueda continuar sus estudios. Eso no pasa en otras cárceles.

–¿Qué factores hay que tener en cuenta más allá de lo pedagógico para construir un espacio así?

–Es un penal con 450 personas detenidas de las cuales no todas llegan al CUSAM. Las problemáticas propias del encierro son palpables en el día a día: por ejemplo, si a alguien le duele la muela y no le dan la medicación; si están castigados no los dejan salir de la celda para venir a estudiar, además, hay muchas depresiones porque varios están solos y la familia no los visita. Y después se lidia mucho con, como dicen ellos, “poner la oreja”, escucharlos hablar, desahogarse de cuestiones que sabemos a priori que la universidad no puede resolver.

Los sociólogos Manuel Castells y Fernando Calderón dieron una clase en el CUSAM a fines del año pasado.



SOCIOLOGÍA DESDE ADENTRO: INTERNOS Y GUARDIACÁRCELES COMPARTEN LA PRIMERA PROMOCIÓN

Ninguno de los seis años que lleva en funcionamiento fue uno más para el CUSAM. Ni para quienes desde la Universidad trabajan y participan en cada uno de los proyectos; ni, mucho menos, para los estudiantes. Pero 2014 va a ser recordado como el de la primera promoción de universitarios: dos privados de su libertad y tres guardiacárceles presentaron y defendieron sus tesis de grado para recibir sus títulos de licenciados. Todos ellos tienen entre 25 y 38 años, y compartieron el aula, las clases y los debates.

“Yo hasta cuarto año estudié porque era lo mejor que podía hacer. Pero recién ahora puedo ver realmente lo que significa recibirme de sociólogo y no de abogado, por ejemplo: es pasar de ser el sujeto mirado y analizado, a ser el sujeto que analiza. De objeto a sujeto de estudio. Me parece que nuestro trabajo es bajar los clásicos a este territorio”, cuenta Martín Maduri (38), cuya tesis se titula *Sin berretines: sociabilidad y movilidad intramuros*. Y explica: “Es una mirada etnográfica sobre estos dos componentes que la sociología y la criminología clásicas prácticamente desconocen, porque han negado que algo como esto que sucede acá pueda existir”. Él es el único de esta primera camada que todavía está detenido. El otro de los estudiantes que ya tiene lista su tesis es Luis Alberto Ángel, que la tituló *Trabajo de preso* y en la que indaga sobre el rol de “el limpieza”, una figura principal en el funcionamiento de los pabellones. Ángel ya está en libertad y trabaja en el Campus Miguelete. Igual que Mario Cruz y Waldemar Cubilla, que también están trabajando en sus tesis y serán los próximos en recibirse. En tanto, los primeros tres guardiacárceles que serán licenciados

en Sociología de la UNSAM son Rodrigo Altamirano (*La educación en contexto de encierro. Un estudio de caso*), Eduardo Villar (*La reincidencia como fenómeno sociológico*) y Nahuel Córdoba (*Diezmo y ofrenda en la Iglesia*)

“Estamos construyendo y fortaleciendo los puentes que nos permitan pensar a estos nuevos sujetos que no son sólo los privados de la libertad sino también todos esos actores que confluyen en este ámbito y en este contexto”, concluye Salvini.



Ángel presenta su tesis de Sociología.

–¿La educación puede transformar la realidad?

–Depende desde qué lugar definamos educación, o desde qué lugar nos posicionemos como educadores. Una educación conservadora y elitista sin dudas preserva un orden de cosas, un *status quo*. Ahora, pensar la educación desde una perspectiva social, crítica, popular, desde donde se ejerza una práctica que considere al estudiante (y no alumno) como sujeto de cambio, tiene el poder de transformar realidades y estoy convencida de ello. Porque, en este punto, no hablamos de manera hipotética, ni de porcentajes –aunque podríamos hacerlo–, hablamos de experiencias verificables, de historias de vida con nombre propio: Hugo, Mario, Pablo, Ángel, Waldemar, Sergio, Jesús, Fernando, María, Mariana, y otros, son más que una lista, son trayectorias interesantes para mirar. Nosotros conocemos a cada uno de ellos: sus casas, a sus familias, sus barrios, vimos nacer y vemos crecer a sus hijos, somos parte de esa transformación porque fueron capaces de modificar su propia realidad y la nuestra. Eso no tiene un número en los índices de las encuestas, sin embargo, es tan real y verificable que a veces llama la atención que no se difunda más...

–¿Sirve para evitar la reincidencia?

–“Reincidencia” es otro término complejo en este campo, porque ¿qué es reincidir?, ¿volver a hacer lo mismo, lo que aprendiste, lo que –aunque sabés que no es lo mejor– es la única opción? Ante estos y otros interrogantes, como universidad, desde el principio

nos pusimos a trabajar en el debate y en la búsqueda de otras palabras que pudieran definir, desde una mirada nueva, la realidad compleja que los atraviesa, para alejarnos de etiquetamientos y estigmas. Así, no hacernos eco de palabras tan trilladas, nocivas y hasta te diría, manoseadas por los discursos sobre la inseguridad, como “reinserción”, “recuperación”, “resociabilización” y “reincidencia”, nos permite abrir el abanico y repensar como sociedad, como profesionales, como investigadores y hacernos otras preguntas. Porque, ¿a dónde se va a reinsertar un sujeto que nunca estuvo incluido?, ¿qué es resociabilizar a alguien?, ¿desde qué lugar nos paramos para definir “nosotros” sin la participación del otro?, ¿qué sociabilidad es la correcta? Lo que aprendimos hasta acá, en este recorrido de cuatro años, es que si una persona (que no sufre ninguna patología que se lo impida) se siente y es realmente incluida, participa de un proyecto colectivo y tiene, además, un proyecto y un horizonte con anhelos y sueños propios, entonces, no quiere ir a la cárcel. Nadie quiere ir a la cárcel, porque como dicen los muchachos “la cárcel no está buena”, y hay que empezar a deconstruir esa idea, (conveniente para algunos sectores), que se intenta instalar en cierto imaginario de que a la cárcel van “los piolas”, “los porongas”. No, a nadie le gusta ir a la cárcel, ni terminar en medio del asfalto con un tiro en el pecho, muerto a los 16, 18 ó 20 años. No hay una edad para elegir ese destino. De manera que, volviendo a las definiciones y conceptos iniciales, comenzamos a trabajar en la idea de hablar,

Además de la carrera de Sociología, el CUSAM dicta una decena de cursos de formación en música, arte y oficios. Entre los últimos, se destacan el Taller de Pastelería –que está en camino de convertirse en la Escuela Superior de Pasteleros– y la Diplomatura en Software Testing –que en 2012 recibió el Premio Sadosky como la mejor experiencia de inclusión digital por la Cámara de Empresas de Software y Servicios Informáticos de Argentina–. Además, el año pasado se puso en marcha el proyecto de Radio Moskito en acuerdo con el AFSCA y la Radio Reconquista, desde donde se transmiten los programas enlatados en “La palabra es libertad”, y se empezaron a dictar talleres de formación profesional en la Unidad 47, la cárcel de mujeres dentro del mismo complejo, en convenio con el Ministerio de Trabajo.

Martín Maduri, otro de los primeros egresados de Sociología, trabaja en la panadería.



como lo hacemos hoy, de reconocimiento (en lugar de reinserción) y de nuevos sujetos sociales que son estos jóvenes y adultos que vuelven a sus barrios con nuevas ideas y que las ponen en marcha. Hace poco en un congreso internacional de sociología y antropología, un intelectual muy respetado me dijo que estas definiciones –que trabajo en mi tesis de Maestría en Derechos Humanos– “son interesantes pero no venden”. Y yo creo que lo que existe en el fondo de opiniones como estas es un gran temor, y una resistencia a reconocer al otro. El ámbito académico suele ser feroz en algunos planos y, muchas veces, resistente a los cambios. Para entender estas definiciones poco “taquilleras”, hay que salirse del lugar de “ellos y nosotros”. En nuestra manera de ver y de trabajar, hay un reconocimiento del otro como portador de realidades diferentes que pueden dialogar, retroalimentarse y confluir en un objetivo común, que es mejorar la calidad de vida del conjunto y salirnos ya de los discursos de desigualdad e inseguridad superficiales que tanto mal nos hacen como sociedad. Darles protagonismo en temas y problemáticas que saben, viven y conocen. Por eso, si me convocan a una reunión para discutir con el Patronato de Liberados la implementación de cursos, seguros de desempleo y otros “beneficios” –que saludamos con alegría porque son parte de políticas públicas que aún están en pañales pero que nos van a hacer mucho bien cuando crezcan–, voy con un especialista; es decir, con quien estuvo preso y hoy es un estudiante avanzado de sociología y en libertad; y lo siento en la mesa de discusión porque es parte del equipo.

–Si se multiplicaran los centros educativos en las cárceles, ¿cree que bajarían los índices de inseguridad?

–Estamos felices y orgullosos del trabajo colectivo del CUSAM, y de su crecimiento, siendo aún tan joven. Sin embargo, no dejo de preguntarme qué hubiera pasado si estos jóvenes, y jóvenes adultos, hubieran tenido esta oportunidad antes de estar privados de su libertad ambulatoria. Ante esta pregunta, la reflexión inmediata que hago es: “Si estamos trabajando en la cárcel, es porque estamos llegando tarde”. Yo no soy una militante de los contextos de encierro (los hay

y muchos, en el ámbito de la docencia). Por un lado estoy convencida de que debemos trabajar allí, para ayudar a bajar los niveles de violencia en las cárceles, para que se cumpla el derecho humano de la educación y, a través de ello, mejorar las condiciones de detención. Pero, a la vez, no dejo de pensar que si experiencias como las del CUSAM crecen en los barrios, entonces ahí podemos tener un camino más claro. Es decir, que los pocos que lleguen a la cárcel tengan la oportunidad, pero, que sean muchos más los que, encontrando estos espacios de reconocimiento en sus barrios, no necesiten estar en una celda para que les llegue la oportunidad de ir a la universidad, de tener asistencia médica, de alfabetizarse, de conocer sus derechos y de organizarse con su comunidad. Por eso nuestro trabajo, que comenzó siendo en “contextos de encierro”, hoy es territorial. Hablamos de educación en contextos porque entendimos, en el hacer, que de nada sirve pensar en mejorar la calidad educativa en la cárcel, o las condiciones de detención a través de la educación, si no entendemos que la cárcel no es una isla, es parte de un mapa penoso que está demarcado por la exclusión e invisibilización de enormes sectores de la población, con todo lo que esto acarrea. Como dice Gabriel Kessler, pensar la cárcel como un punto en la trayectoria de vida de estas personas, pero no como “la vida”; sino un lugar por el cual pasan y del cual van a salir, como una circunstancia desgraciada en la vida de las personas que nos permite trabajar y hacer crecer nuestra propuesta: formar sujetos sociales para la transformación, que creo es, en definitiva, la misión de toda universidad humanista. Por eso, nuestra tarea no es solitaria, trabajamos en vínculo permanente con las organizaciones barriales, con los trabajadores de la quema, con los de las plantas de reciclaje, con las fábricas recuperadas, con las escuelas primarias, con los bachilleratos populares, con los “curas villeros” y, también, con organizaciones gubernamentales como el SEDRONAR, con los ministerios de Trabajo, de Desarrollo Social, etc. Y fuertemente, sostenemos y profundizamos desde lo académico y laboral el vínculo con quienes ya recuperaron la libertad, que son nuestros pares y nuestros referentes en los barrios más populares. ///